

PARA CORTEJO DEL



Cronica del Rey Dō Pedro.

3.297



Epilogo en medicina y en cirugía conueniente a la salud

3.336

¶ Fue acabada la presente obra por maestro arnaud guillē de brocar en póploña. a. r. d octubre. año. m. cccc. lxxxv.

Pedimos humildemente gracia para un pecado de vanagloria en el que no recaeremos. Otros nos queden por expiar antes de que la clemencia divina los indulte. Nos gustaba en un tiempo acuñar aforismos para que nuestra cordura, amonedada en oro, circulase. Cuando eran de ley, la cordura admitía, no como aleación, sino como toque, la impertinencia. Así se escribió, por ejemplo, que la justicia es dama estelar que baja al mundo una vez cada siglo y no recibe más presentes que la cabeza de un juez en un plato. Conseguimos, como Marini con sus facetas napolitanas, "stupire", o sea, instilar algunas gotas de estupor en las mentes. Ante las mujeres de Romero de Torres había que aducir entonces que eran más de ginecto que de castillo, y mucho más de serrallo que de gineceo. Al fondo de la pintura, potros sueltos, o toradas, o el viento mismo del Sur, que tuesta zocos, podían pasar. Las mujeres, en cambio, exhalaban ese hastío de la clausura en la que el amor no rompe sus cadenas sino cuando las besa. Nuestros prejuicios de casta se erizaron ante el dejo berbere de un cordobés de las dos Romas que hacía abluciones de arena. Le quisimos vedar el serrallo y devolverle al culto a la Beatriz incorruptible que encarna la Teología.

Occidente contra Oriente. ¡Bah!, recortar así los conceptos era como recortar en tierra la sombra huidiza de un pájaro. Occidente y Oriente eran para Romero las dos mitades de su ser y las dos del ser de España. Quien le quite a Córdoba sus Averroes le mutila, como quien le quite su gran torero de la virtud que es Séneca o su arzobispo mártir que es Eulogio. Si la ciudad fué, en cuanto colonia patricia, sede de pretores e hizo trasvolar el águila legionaria en sus monedas, se dejó querer por los visigodos, y no se diga hasta dónde por los Omeyas, con Abderramán o con Hixén II. Antiguo como la ciudad y macedado por sus linajes era el pintor, a quien una noche le oímos decir: "Castilla ha trabajado la plata; Valencia, la seda; nosotros, el cuero". De la diversidad vivimos, y ¡ay de quien la mustie con su ceño o la diseque en cuadros sinópticos! Por la diversidad reverdecemos hasta en la senectud, y en la diversidad preservamos de rigidez esas venillas del alma en la que diluimos lo que en nosotros es humor incanjeable y música.

Valencia trabaja la seda; pero de uno que allí fué platero e impresor, de Alfonso Fernández de Córdoba, medio andaluz, medio castellano, vamos a hablar. Conciliemos siempre que se pueda la oposición de civilizaciones, y más